CARTA DE MEXICO

POR

F. PARDIÑAS ILLANES

Nos habéis pedido una información rápida y lo más completa posible sobre nuestro país. Nuestra nación no es fácil de entender y quizá no pocos mejicanos contribuyen generosamente a aumentar la confusión. Quisiera daros un punto de vista, desde el cual podáis ver un Méjico, en que la mayor parte de mis compatriotas estén de acuerdo. Un punto de vista en que nos agradaría no dejaran de colocarse los extranjeros, cuando enjuicien nuestro país.

Somos un país joven que ha vivido con exagerada rapidez y violencia sus jornadas históricas. Tenemos derecho a recomendaros que al juzgarnos, si queréis llegar a amarnos—y cualquier país del mundo puede sernos amable—, no comencéis comparándonos globalmenmente con nadie. Méjico posee una originalidad trabajosa y arriesgada, cruz de nuestra gloria y de nuestra pasión. Cuando la hayáis descubierto podréis compararnos con cualquier pueblo de la tierra.

Nuestra historia está compuesta por cuatro períodos intensos, que no fueron totalmente superados, sino que amalgamándose formaron nuestra idiosincrasia y nuestra historia.

Lo muerto del primer período tiene su monumental sepultura en Teotihuacán, cerca de Méjico, en Chichenitzá, Yucatán; en Monte Albán, no lejos de Oaxaca, y en muchos otros rincones del país. Pero está vivo aún en el 30 por 100, aproximadamente, de nuestra población auténticamente indígena.

El virreinato español perdura en nuestra fe, en nuestros templos y en no pocos edificios civiles, en nuestra lengua, en nuestro muni-

cipio, en algunas instituciones de beneficencia que milagrosamente han sorteado las vicisitudes de tres o cuatro siglos, en la unidad de nuestra nación creada por la tenacidad ruda de soldados y misioneros de Castilla.

El tercero abarca desde las luchas por nuestra independencia política (1810-1921) hasta 1910. Está vivo en nuestros dolores, en humillaciones inolvidables y en la obra de algunos hombres de Méjico que durante ese tiempo persistieron empeñosamente en mantenernos vinculados a Europa.

El último período comienza con la revolución (1910), y alcanza hasta nuestros días. No es una época precisamente gloriosa, pero sí activamente creadora. Durante ella han sucedido años de persecución religiosa a años de sangrientas contiendas civiles. Pero en ese mismo tiempo hemos trabajado todos por una creciente conciencia mejicana. Nuestra ciudad ha crecido desmesuradamente, nuestros recursos económicos, nuestro red de caminos, nuestro arte, sobre todo pictórico, han conocido un desarrollo próspero.

Estos períodos de la historia de Méjico tienen todos una característica permanente, gloria y calvario de nuestra historia. Méjico es un país en lucha—pero no a muerte—contra el primitivismo de la naturaleza y del hombre. España nos enseñó, en su natural democracia cristiana, a no suprimirlo, sino a controlarlo. Y esa actitud de señorío sin obliteración de lo primitivo, de lo bravamente natural, es quizá el rasgo fundamental, consciente o inconsciente, del carácter mejicano.

Por lo que tiene de señorío, muchos mejicanos quedan desfigurados al pretender europeizarse o americanizarse, siempre a medias. Por lo que tiene de vecindad y respeto a lo original y primitivo, existen entre nosotros grandes pintores—a veces desaforados revolucionarios—, indigenistas desenfrenados que añoran en su corazón el culto antiguo de los ídolos, cómicos geniales que han despertado tempestades de entusiasmo al personificar el donaire plebeyo de nuestro pueblo. El cine mejicano, con fatigosa insistencia, ha descrito y representado al valentón pendenciero y mujeriego de nuestras rancherías, cuando en ellas viven, y son la mayoría mujeres y hombres que llevan con inefable dulzura una incolora existencia de trabajo.

Las grandes diversiones populares mejicanas: el jaripeo, la charreada, los toros, los fuegos de artificio, hasta las peleas de gallos, derivan de esa misma actividad interior de dominio suave de la fuerza y de la brutalidad, sin suprimirla o aniquilarla. Hasta los deportes más «ingleses» dejan ver de vez en cuando esa indisciplina y esa caballerosidad mejicanas.

0-87
MEXICO.
OSUNA.
CEZONTEMOC. (SOL QUE NACE)

AZTECA
COATLICUE (DEIDAD DE LA TIERRA) MEXICO
DEUNA

Dicen que somos un país de contrastes; es cierto. Ojalá lo seamos siempre. Allí está el origen de nuestras virtudes y de nuestros defectos. Los periódicos, involuntariamente, pondrán ante vuestros ojos, los días que estéis entre nosotros, tristes hazañas de delincuencia, comparables por lo demás con lo que ocurre en otras tierras; pero si los leéis con atención encontraréis en sus columnas rasgos conmovedores de la increíble bondad de nuestra gente. Nuestra ciudad está formada por colonias residenciales refinadas y tranquilas, mismas prescripciones litúrgicas que el vuestro. Pero la Iglesia ha sido la paciente y dulce maestra de Méjico, trabajando durante siglos en hacernos excelentes católicos, sin dejar de ser mejicanos. Casi os confesaría que sobre todo, gracias a la Iglesia, somos todavía mejicanos, y creo no ser el único de esa opinión. Los misioneros comprendieron con humana indulgencia que no podíamos ser cristianos sino a la «mejicana», y aun sus recuerdos de España los entregaron al modelamiento original y primitivo del indio. Así nacieron muchas prácticas paralitúrgicas, inspiradas algunas de ellas en remotas ceremonias paganas cristianizadas, que el mejicano reflexivo ve desfilar ante sí como si pasara ante sus ojos la más escondida intimidad de la vida de su pueblo.

En esta incansable batalla espiritual, social, jurídica, artística, llevamos cuatro siglos. Ella es nuestra alegría, a veces bullanguera, cuando el puritanismo siente la obligación de «ponerse muy serio»; nuestra melancolía cuando otros, artificialmente quizá, han logrado entregarse a un momento de euforia. Esas han sido nuestras dos grandes pruebas: europeizarnos o indigenizarnos. En esos dos sentidos han bajado las fuerzas que tan violentamente han chocado sobre nuestro suelo.

Así podréis comprender el espinoso problema de nuestra vida nacional. La presencia de lo primitivo en nuestra psicología es una urgencia inextinguible de libertad, que, dando un paso más, tropieza en el libertinaje. Lo señorial y lo normativo van a dar de bruces en una etiqueta a veces engañosa y susceptible, en una cierta ampulosidad expresiva, o bien en una tiranía privada o pública. El mejicano culto suele ser, por eso mismo, un producto humano comparable sin desventaja a los de otros pueblos más unilaterales.

De allí también los problemas peculiares de nuestras diferencias de clases. El mejicano de clases superiores proviene, por sangre y por cultura, de Europa o Norteamérica, y nuestro maravilloso pueblo está a veces sumergido hasta el pecho en el humus vegetal de lo primitivo. Pero precisamente porque el aristócrata auténtico no desdeña su mejicanidad y el pueblo admira secretamente y aun román-

ticamente lo europeo, podremos aproximarnos y evitar que se repitan choques más o menos artificiales que han ensangrentado nuestro terruño patrio.

Algunos extranjeros nos echan en cara la miseria de algunas capas populares, y algunos mejicanos suelen sumarse para reprochar por barrios populares ruidosos y a veces poco higiénicos. Los extranjeros saben de nuestras revoluciones intestinas, pero nadie les ha hablado de nuestra vida familiar añeja y amable. Oiréis comentar la melancolía de lo mejicano, de nuestra canción popular, del silencio enigmático e impenetrable del indio; olvidan nuestra afición al colorido vivo en las faldas y chales de las chinas poblanas, el ritmo exuberante de nuestros bailes folklóricos, la inagotable vena cómica que fluye en el vocabulario, en el diálogo, en el refranero chispeante de nuestro pueblo. Si buscáis el Méjico pobre, ignorante y sucio, podréis encontrarlo, sin duda; si preferís el Méjico norteamericanizado o europeizado, lo encontraréis fácilmente también. Pero ninguno de los dos es el Méjico auténticamente nuestro. El Méjico verdadero es el que ha sabido incorporarse lo sano y lo noble de Europa y Norteamérica, sin olvidar, pero sin extremar, el contacto con el primitivismo vigoroso del pasado.

Si vais a Toluca, poco antes de llegar al centro de la ciudad, leeréis un letrero que dice: «Toluca es la provincia; la provincia es la Patria.» Quien esto escribe es un hijo de esta ciudad, pero os dice con franqueza masculina: si no conocéis la provincia no digáis que habéis conocido Méjico. Nuestra capital es una grande, hermosa y amable villa, pero dispersa: formada por un aluvión indiscriminado de gentes de todo el país y de todos los continentes. Méjico es hoy un asilo para todos los hombres, justa o injustamente perseguidos en sus respectivas naciones, de los cuales una buena parte ha preferido quedarse en la capital. Quizá no está lejos el día en que los mejicanos de la capital deberán sostener una verdadera lucha para seguir siendo mejicanos. Gracias a Dios, en nuestra capital viven también enormes masas de pueblo que rescatarán nuestra ciudad del naufragio. La provincia, en cambio, más dulce y más insinuante, mejicaniza más rápidamente al extranjero. Lo conduce más insensiblemente a ese dominio político, no despótico, de nuestro primitivismo. La provincia vive ingenua y recatadamente nuestras costumbres pausadas y cortesanas, pero padece también más dolorosamente las explosiones apasionadas de nuestro Méjico original. En sus ciudades y en sus pueblos el mejicano oscila interiormente con más inquieta inestabilidad entre dos fronteras donde se pierde lo mejicano.

Quiero deciros una palabra sobre nuestro hermoso catolicismo,

Comprenderéis que confesamos los mismos dogmas, estamos sometidos a las mismas leyes morales y nuestro culto está regulado por las mismas prescripciones litúrgicas que el vuestro. Pero la Iglesia ha sido la paciente y dulce maestra de México, trabajando durante siglos en hacernos excelentes católicos, sin dejar de ser mexicanos. Casi os confesaría que sobre todo gracias a la Iglesia somos todavía mexicanos y creo no ser el único de esa opinión. Los misioneros comprendieron con humana indulgencia que no podíamos ser cristianos sino a la «mexicana» y aún sus recuerdos de España los entregaron al modelamiento original y primitivo del indio. Así nacieron muchas prácticas paralitúrigicas inspiradas algunas de ellas en remotas ceremonias paganas cristianizadas, que el mexicano reflexivo ve desfilar ante sí como si pasara ante sus ojos la más escondida intimidad de la vida de su pueblo.

En esta incansable batalla espiritual, social, jurídica, artística, llevamos cuatro siglos. Ella es nuestra alegría a veces bullanguera cuando el puritano siente la obligación de «ponerse muy serio»; nuestra melancolía cuando otros, artificialmente quizá, han logrado entregarse a un momento de euforia. Esas han sido nuestras dos grandes pruebas: europeizarnos o indigenizarnos. En esos dos sentidos han bajado las fuerzas que tan violentamente han chocado sobre nuestro suelo.

Así podréis comprender el espinoso problema de nuestra vida nacional. La presencia de lo primitivo en nuestra psicología es una urgencia inextinguible de libertad, que dando un paso más, tropieza en el libertinaje. Lo señorial y lo normativo van a dar de bruces en una etiqueta a veces gazmoña y susceptible, en una cierta ampulosidad expresiva, o bien en una tiranía privada o pública. El mexicano culto suele ser, por eso mismo, un producto humano comparable sin desventaja a los de otros pueblos más unilaterales.

De allí también los problemas peculiares de nuestras diferencias de clases. El mexicano de clases superiores proviene por sangre o por cultura de Europa o Norteamérica, y nuestro maravilloso pueblo está a veces sumergido hasta el pecho en el humus vegetal de lo primitivo. Pero precisamente por que el aristócrata auténtico no desdeña su mexicanidad y el pueblo admira secretamente y aún románticamente lo europeo, podremos aproximarnos y evitar que se repitan los choques más o menos artificiales que han ensangrentado nuestro terruño patrio.

Algunos extranjeros nos echan en cara la miseria de algunas capas populares y algunos mexicanos suelen sumarse para reprochar

a la Iglesia su olvido del bienestar material del pueblo. Es una simplificación injusta y olvidadiza del problema. Podéis afirmar que la historia de la Iglesia en Méjico podría titularse «Biografía de la más grande bienhechora de los mejicanos». No intento resumírosla. Algo han borrado o desfigurado los años, pero perseveran también monumentos insoslayables de su inmensa labor.

Y, sin embargo, el problema verdadero es muy distinto. Para dar al pueblo bienestar material es menester arrancarle hasta cierto punto el primitivismo a veces mágico de sus antiguas costumbres. El pueblo tarda en convencerse de que sus bienhechores no lo despojarán de su heredad, sino la enriquecerán. En otras palabras: la labor educativa exige una delicadeza extrema y alerta para elevarlos sin desfigurarlos. Y, por lo mismo, los prospectivos educadores están obligados a lograr en sí, antes de dar principio a sus labores, un equilibrio interior refinado, pero arduo.

Habréis oído hablar del mestizaje. Es una palabra circunscrita hoy al sentido biológico. Su significado espiritual encierra precisamente ese maravilloso equilibrio entre lo primitivo y lo disciplinado, lo espontáneo y lo señorial. El resultante tipo humano es, necesariamente, riquísimo y su contribución a la vida espiritual del mundo contemporáneo podría ser particularmente importante.

Ese mestizaje espiritual entiende y ama lo popular y lo aristocrático; acepta la máquina sin esclavizarse a ella; goza la vida con más intensa naturalidad; abre el corazón a una vasta y serena caridad, cuya anchura da lugar a todas las razas y lenguas y pueblos. Es también venero de muy peligrosos impulsos, cuando no alcanza el equilibrio sereno de sus fuerzas impetuosas. He allí la gloria y la cruz de nuestro humanismo y de nuestra historia.

No somos, ni seremos probablemente nunca, un pueblo perfecto—quizá exista alguno—, tampoco quizá una comunidad ejemplar. Pero podemos convivir con todos y ofrecer a todos una existencia tranquila y agradable. Dios guarde nuestro Méjico para nosotros y para todos los pueblos del mundo.

(Colaboraciones Amunco.)

Felipe Pardiñas Illanes.
Apartado postal 8934.
México, D. F.